

# LETRAS

letrillas

# LETRONES

## SOCIEDAD

### Ardió, arde, arderá

*¿A qué hablamos de la ciudad? ¿No es por ventura cada ciudad dos ciudades que viven juntas en perpetua lucha, la ciudad de los pobres y la ciudad de los ricos?*

– PLATÓN

Voy a dejar la palabra a dos interlocutores imaginarios en la red. El primero firma *Escoria* y representa la ética de la convicción, el segundo firma *Sarko* (porque el matute nº 1 de Francia es el Sr. Sarkozy) y representa la ética de la responsabilidad. Pero antes, recordemos de qué se trata: “Mientras una gran cantidad de subsaharianos se juegan la vida para llegar al sueño europeo, en Francia, quienes habitan ese sueño, desencadenan una violencia ciega contra lo que los rodea”. (Juan Goytisolo).

*Escoria:* Mentiras. No son la escoria. Si esos niños destruyen sus escuelas, es que sus escuelas los han destruido.

Queman los gimnasios porque se burlan de Zidane; queman los camiones porque son el lugar del control policíaco cotidiano; queman los Macdo, porque ya no creen en América; los coches, porque odian a sus padres y a sus tíos, fracasados y miserables dueños de estos vehículos. Sin saberlo reinventan la guerrilla, en una borrachera de niños crueles. En su contra: todos. La policía, sus padres desesperados, sus maestros que no saben qué hacer con ellos, y toda Francia. Ciertamente, el incendio no es la luz, pero ¡ay del país que mata a sus niños!

*Sarko:* Ok. Pero si Francia no afrancesa a sus africanos, Francia tendrá que africanizarse. Demasiado angelical, mi querida *Escoria*. El gobierno es cobarde, la izquierda irresponsable ¡qué vergüenza! Le Pen, el racista, triunfará. Bien lo dijo el viejo Sartori: los mitos del pobre y buen inmigrante y de la maldad de nosotros, que lo recibimos, amenazan nuestra libertad y nuestra seguridad. Nos echamos alacranes al seno.

*Escoria:* Lo que veo es que el problema es muy viejo y que la sociedad francesa NO QUIERE resolverlo. Si hay que incendiar unos miles de coches para que los franceses entiendan la gravedad de la situación, ¿por qué no? Además es ganancia para las automotrices y no veo la diferencia entre Sarkozy y Le Pen.

*Sarko:* Según los rusos, hay coincidencia entre un complot de la CIA para debilitar a la vieja Europa, el terrorismo islámico y la debilidad francesa. Nos dicen que apapachamos a los inmigrantes, que les tenemos miedo, que ellos saben que tienen el poder y pueden atacar. ¿Cuáles miserables? ¿No ves sus tenis Reebok y Nike, sus buenas chamarras, sus celulares?

*Escoria:* Los franceses quedaron atrapados por su Yo nacional. Se creen depositarios de valores universales y tratan como seres inferiores a esos árabes, turcos, negros islámicos que no corresponden a su ideal nacional.

*Sarko:* Ok. Pero esos muchachos también quedaron atrapados por nuestro Yo nacional. El Yo del galo levantisco e irresponsable pintado por Julio Cesar, el Yo del 14 de julio, de la toma de la Bastilla, que fue un motín muy feo y sanguinario. Afirmarse destruyendo: en ese sentido esos muchachos son muy franceses; “*Quemo, ergo sum.*”

*Escoria:* ¿No entiendes que es un suicidio, un grito de nihilismo desesperado, disfrazado de juego narcisista? Pero, cuidado: Francia se ha movido siempre a golpe de revueltas, es cierto; se sabe cómo empiezan las cosas, pero no cómo terminan.

*Sarko:* No me amenaces. Los atentados de Madrid dieron el poder a los socialistas: eso no va a pasar aquí.

*Escoria:* ¡Qué miope, qué mezquino! ¿Qué no entiendes que tu famoso elevador social para inmigrantes dejó de funcionar hace treinta años? ¿Y que se trata de niños franceses, tan franceses como son estadounidenses los niños de los barrios negros de Estados Unidos, que se encuentran en la mismísima situación, en familias sin padre o sin padre responsable y respetable? Ellos también explotan periódicamente, fra-

casan en la escuela, viven en la calle, delinquen.

*Sarko:* Pero hace treinta años que la República, sin color político, se desvive para atender a los barrios “sensibles”. Lo intentamos todo: “Política de la ciudad”, “Desarrollo Social”, “Zonas de Educación Prioritaria”, “Zonas Urbanas Sensibles”: en 1990 se creó el Ministerio de la Ciudad, en 2002 el Programa de Renovación Urbana para “quebrar los guetos”.

*Escoria:* Es tratar los síntomas, no el mal. Es bueno pero insuficiente.

El autor pone fin al “chateo”. Justicia, todos piden justicia. Justicia para acabar con los guetos que fabrica a esos niños franceses; justicia también para que lleguen pronto a ser responsables de sus actos, como ciudadanos franceses que son. —

— JEAN MEYER

## VIAJEROS

### Don Jorgito el Inglés

En un voluminoso y profusamente ilustrado libro editado por el hispanista E.H. Elliot, *Regius Professor* en Oxford, nada menos, figura la fotografía que ves a la derecha. No es especialmente brillante ni tampoco deficiente, pero sí reveladora, pues me despertó con brusquedad recuerdos y pensamientos. Recordé una tarde en España en que, por la oportuna rememoración de Margit Frenk, me vino a la mente el comienzo del romance:

Un castillo hay en Consuegra

Fuimos a visitar Consuegra y encontramos, arriba de unas colinas, no un castillo, sino unos enormes molinos de viento.

La foto indica la parda y arisca inmensidad de Castilla la Vieja, Castilla la Gentil, donde el Cid, como cuenta Pound, tocó con su lanza Burgos y brotó de ella una niña.

Las tierras de Castilla que Ortega exploró y describe en sus “Notas de an-



Ruinas del Castillo de Clavijo.

Foto tomada de *El mundo hispánico*, de J. H. Elliot (ed.), Crítica.

dar y ver” que intercala en el *Espectador*: “Por tierras de Sigüenza y Berlanga de Duero, en días de agosto alanceados por el sol, he hecho yo —Rubín de Cendoya, místico español— un viaje sentimental, sobre una mula torda de altas orejas inquietas.”

Y también, y sobre todo la foto, me trae la memoria de George Borrow a quien los españoles, cerca de la Puerta del Sol, llamaban don Jorgito el Inglés. Compuso don Jorgito, al promediar el siglo XIX, un libro muy hermoso, *La Biblia en España*, donde recoge la memoria de sus andanzas por España divulgando Sagradas Escrituras “sin notas”, es decir, biblias en edición no católica, sino protestante.

Fue don Jorgito uno de esos talentos heterodoxos: poseía el don de lenguas, que aprendía con asombrosa facilidad debido a su descomunal memoria, y otro muy inglés, el de viajero indómito e infatigable.

De joven se juró fraternidad con Jasper Petulengro, un gitano, y dio así inicio a su obsesión con la cultura gitana, que lo llevaría a vivir entre ellos, escribir un libro sobre esa etnia, aprender su lengua y participar muy activamente en la traducción de la Biblia al caló.

Si después de leído imaginamos el

contenido del libro nos viene a la mente un jinete solitario “sobre una mula torda de altas orejas inquietas” bajo un alto cielo y en un paisaje interminable y solitario donde se alzan aquí y allá pueblos en que bulle la vida. Y ciertamente en el desenvolvimiento del libro pronto se disuelve Borrow y sólo queda ahí el paisaje y el hervidero de gente, gente del pueblo, para nuestra fortuna, pues don Jorgito eludía con desinterés a la aristocracia. Dice Azaña, su traductor: “Lo que le importaba era el carácter de los hombres, y no de todos, sino los de la clase popular, donde los rasgos nacionales se conservan más puros. Labradores, arrieros, posaderos, gitanos, curas de aldea, monterillas, mendigos, pastores, pasan ante nosotros, y al verlos gesticular y oírlos hablar creemos encontrarnos con antiguos conocidos. Unos son pícaros, otros santos; unos son listos, otros muy zotes; casi todos groseros, muchos con sentimientos nobles, pero unidos en general por un aire de familia inconfundible.”

Porque el prólogo, la traducción y las notas son de un gran escritor y figura, más que dramática, trágica de la España moderna: me refiero a don Manuel Azaña, presidente de la República en el atroz momento de la Guerra Civil

suscitada por el alzamiento militar fascista. Y es una tersa y expresiva traducción, la prosa de una persona que conoce al dedillo todos los entresijos y modos de la existencia del pueblo español.

*La Biblia en España*, que constituye el tomo 254 de los Libros de Bolsillo de Alianza Editorial, no podía ser menos: fue uno de los libros predilectos del gran escritor de libros de viajes (el mejor del siglo XX según muchos) Robert Byron, autor de *Viaje a Oxiána*. —

— HUGO HIRIART

## PANDEMIAS

### *Culpen a los pollos*

No hacen falta explicaciones científicas rebuscadas para convencerme de que una nueva enfermedad terminará por convertirse en la pandemia que ponga punto final a nuestra especie. Me parece de una lógica incuestionable: aquello que se iniciara con un microorganismo habrá de terminar con un microorganismo.

Cualquier noticia —así aparezca en un recuadro diminuto en la esquina de un tabloide que nadie lee— me pone los pelos de punta y me convence: seré el primero en morir bajo el influjo de la cepa recién descubierta. No serán las bombas, ni la escasez de agua, ni el agujero de ozono lo que terminará con nuestra especie. Será un ente diminuto y silencioso el que declare la extinción de los humanos.

Cada tanto despiertan mis fantasmas: científico noruego advierte la existencia de un bacilococo que mata en tres días; descubren en China una bacteria que aniquila en dos semanas, tras una diarrea convulsa e incontrolable; aparece en África una nueva vertiente del ébola, mucho más letal y contagiosa; documentan en El Salvador doce casos de viruela. Durante los siguientes días no me atrevo a salir de casa, me quedo mirando el televisor, esperando el corte informativo que declare la pandemia.

Aunque todas las enfermedades causan en mí un efecto similar, preferiría que el multiasesino fuera un virus y no

una bacteria. La mutación servirá como pretexto a una humanidad sepultada por su ignorancia: hayamos la cura pero el virus mutó, fue más rápido que nuestros científicos. Los virus se expanden con gran velocidad y matan con laudable eficacia. Podría decirse que son amables, en ocasiones ni siquiera causan dolor. Con las bacterias sucede lo contrario, sobreviene un tránsito lento, angustioso y horrible, se pudre la carne y el cuerpo exuda líquidos pestilentes y viscosos. La muerte provocada por un virus tiene un dejo de elegancia, la causada por bacterias es de lo más ordinario. Que fuera un virus y no un bacilococo fue mi deseo más hondo durante varios años. Pero ahora me arrepiento, ahora que es un virus el mejor logrado de mis horrores, un ADN asesino que mata sin gracia y sin cuidado, tan vulgar que viaja en un escupitajo.

La cepa que hoy me aterroriza se expande por el mundo y nos acecha silenciosa, contagiando una tras otra a las aves del planeta. Qué tragedia las migraciones, ¡qué infortunio las estaciones! El invierno espanta flamings, el verano asusta patos y gorriones. El sigiloso agente de la muerte viaja en primera clase, chupando los pulmones y carcomiendo las laringes de las aves. Ningún plumífero está a salvo: serán infectados los pingüinos del Ártico, los avestruces de las granjas de Irapuato. El diminuto virus no entiende de fronteras.

¿Y qué pasará cuando no queden más aves?, mutará buscando alimentarse de una nueva especie: los humanos. Esos seres que comiéndose a los pollos han abierto la puerta al implacable asesino, esa especie que por número promete saciar el hambre de la peste. Nacido en el ovíparo más horripilante, el virus se perpetuará en el mamífero más feo de la tierra.

La pandemia será anunciada en cualquier momento. Malditos sean los pollos, siempre supe que acabaríamos mal. ¿A quien se le ocurrió comer un animal de cuyo pico cuelga un moco? No supimos interpretar al oráculo de la fisonomía. ¿A quién se le antojó un ave que tras hervir toma el color de la en-

fermedad, el amarillo de la fiebre? ¿Qué otro resultado podía traer alimentarnos con un pájaro que crece feliz encerrado en una caja de cartón? Seremos derrotados por el espasmo de un pollo enloquecido, por abrir el envoltorio del engaño.

Se equivocan los expertos, la epidemia no se iniciará en Rumania, el primer caso se dará en México y será yo el infectado, yo que nunca como pollo, que me dan náuseas las burbujas blancas que flotan en el agua cuando hierve tan desagradable alimaña; yo, que vomito cuando entre mis dientes chirría el nervio pegajoso de sus patas. Qué necesidad había, existiendo la milanesa de res y la de cerdo, de empanizar la pechuga pestilente de un ave de corral.

La pandemia que se acerca, pensándolo bien, no debe ser catalogada como injusta, nos merecemos el fin que se aproxima: nunca debimos relacionarnos con la más tonta de las aves. El miedo lo insinuó y no atendimos su advertencia: la piel de gallina es heraldo de tragedias: moriremos con el pellejo chinito, tiritando, en un escalofrío parturiente. —

— EMILIANO MONGE

## ANIVERSARIO

### *Far Farabeuf*

*En el cuadragésimo aniversario de la publicación de Farabeuf, de Salvador Elizondo.*

Recuerdas? Voy a ponerme sentimental. Se juntan dos razones: la primera es el muy viejo afecto que le guardo a mi querido amigo Salvador Elizondo y a su familia, y la segunda —menos relevante— no ser más el muchacho a quien la lectura de Farabeuf desconcertó violentamente hace cuarenta años. Voy a tratar de explicar por qué ese raro escrito da la medida íntima de esa pérdida.

Cuando apareció *Farabeuf* yo tenía quince años y comenzaba a darme de topes con los libros. Por motivos biográficos, yo leía sobre todo en inglés. Dos tíos que se enteraron de mi interés en la lectura, se atareaban en reclutarme a sus respectivas persuasiones religiosas, la

católica y la comunista, y me regalaban novelas rivales que, confiaban, habrían de ganarme para sus respectivas cruzadas. El tío Pedro el Ermitaño me daba a leer a Chesterton o a Sienkewicz, y el tío Jacobino de la Época Terciaria me asataba Steinbeck o Jack London. Luego me sometían a exámenes que solían terminar en burlas al hermano rival. Yo no entendía mayor cosa, pero tanto me divertía con Father Brown como gemía con los miserables que comían zarigüeyas en *The Grapes of Wrath*. Era una guerra fría entre los tíos adversarios, que a su vez suponía la que había entre yanquis y soviéticos, y que al parecer yo fuese un nuevo escenario de conflictos tan atroces no dejaba de halagarme.

El hecho es que leía esas novelas güelfas o gibelinas con asombrado fervor, quizás el único don de la adolescencia que se preserva. Deseoso de atizar ese único vicio impune, como le dice Larbaud a la lectura, comencé a frecuentar las dos librerías que existían en Monterrey. Se acercaba la semana santa y se me había autorizado a pasarla en la hacienda de la familia de un amigo mío, nieto del general Raúl Madero, en la heredad familiar de Parras de la Fuente. Pensé aprovisionarme de material de lectura y con unos pesos acudí a la portentosa librería Cosmos.

Ahí, sobre una mesa, me llamé poderosamente la atención la hermosa “Serie del volador” que publicaba la editorial Joaquín Mortiz. Acostumbrado a los *paperbacks* gringos, me sentí instantáneamente intrigado por descubrir no sólo que existían novelas en español, sino que además su presentación fuese tan distinta y hermosa como todo el diseño de Vicente Rojo. Elegí tres y las tres por razones baladíes: *La feria* de Juan José Arreola porque, al hojearla, me deslumbraron unos versos: *Vamos comprando virutas / en casa del carpintero / las cambiamos por dinero / y nos vamos con las putas*. Luego *Las visitaciones del diablo* de Emilio Carballido porque al hojearla me encontré con la intrigante descripción de un sexo femenino, y, claro, *Farabeuf*, porque la fotografía del suplicio me produjo náusea instantánea.



Salvador Elizondo.

En Parras comencé a leer mis libros, entre expediciones a cazar codornices, cigarrillos clandestinos, pequeñas labores en la fábrica de vinos y licores, y las enérgicas narraciones de la revolución que acometía el anciano general en la sobremesa. El primer párrafo de *Farabeuf* me convenció de que era mejor comenzar por los otros, en los que los personajes tenían nombres, realizaban acciones congruentes con situaciones concretas, tenían modos de hablar particulares, salían a las cinco y, en suma, graciosos o dramáticos, eran acogedoramente familiares. Pero *Farabeuf*...

Comenzaba preguntando “¿Recuerdas?”, había páginas en francés que desconocía, nadie me explicaba quién era la mujer sentada en el pasillo, había frases que presentía cargadas de promesa morbosa (como la aparición de un *speculum vaginal No 16*) o bien de honda importancia (como “hay miradas que pesan sobre la conciencia”), pero cuyo sentido final carecía de una experiencia en el lector contra la cual activarse. Mi empeño por avanzar era loable, pero a todas luces infructuoso, ahí, sentado en el patio, entre macetas llenas de helchos y gallinas descarriadas. Había pequeñas sorpresas que me animaban a seguir. Por ejemplo al comenzar el capítulo dos, luego del obligado “¿Recuerdas?”, donde había unas líneas diáfa-

nas: “La noche era como un largo camino que se adentraba en la casa, invadiendo todos los rincones, llevando la penumbra hasta el último resquicio, asustando lentamente a los gatos.” ¿Cómo se asusta lentamente un gato? Cada vez que me rendía, miraba la fotografía de Salvador Elizondo en la contratapa, con unos anteojos que me daban ganas de ser miope y atizaba mi deseo de saber qué tenía de contar.

Lo único que sostenía mi afán era saber quién era la mujer de la fotografía (porque naturalmente concluí que se trataba de una mujer) y por qué esos chinos, luego de troncharle los senos, se afanaban en serrucharle una pierna, qué habría hecho para estar en esa situación y, sobre todo, por qué parecía estar tan fresca, mirando al cielo con una expresión en el rostro muy divorciada de lo que le estaban haciendo. La noche del jueves santo tuve mi primera pesadilla protagonizada por la fotografía.

Los repetidos intentos por avanzar terminaban invariablemente en una nueva, humillante derrota. La conciencia de leer y, aparejada a ella, la de que no sabía qué estaba pasando, me hacían dudar de mis facultades. Esto era, casi siempre, castellano; entendía casi siempre, las palabras... ¿Qué era entonces lo que ocurría? El raro malestar, un vago mareo sinuoso y torpe, comenzó a pasar

del abatimiento a la impaciencia y de ahí al coraje. Lector saltado, esa especie de recapitación del caos que abre el tercer capítulo me salva por un momento y reanima mis esperanzas de lograrlo. Por fin, tengo la ilusión de que sé qué ha ocurrido hasta ahora. Descubrir que quien escribe el libro también quiere saber “quién era la mujer” me alivia enormemente y decido continuar.

Pero esa tarde, al regresar de nadar, la mamá de mi amigo me espera con el *Farabeuf* abierto en la página de la foto y me exige una explicación que obviamente no pude darle y que, por otro lado, de poco habría servido. Confiscó sumariamente el libro y me advirtió que iba a hablar con mi madre apenas regresáramos a Monterrey. Realicé un indeciso intento de arrebatárselo el libro que le provocó una sórdida carcajada triunfal y me envió con su padre, el general Madero, que rápidamente me halló culpable de insubordinación en una improvisada corte marcial. Y esa tarde de viernes santo, en la capilla de la hacienda, entre nubes de incienso y canto cardenche, ¿habré visto en la cara de Cristo el mismo gesto de la fotografía?

Cuando le conté a mi tío Jacobino lo sucedido, me regaló de inmediato otro ejemplar junto a un sermón sobre la libertad de conciencia. Pocos años más tarde, por fin, gané la lectura perdiéndome en ese diáfano laberinto. Una de las construcciones fantásticas más osadas que ha emprendido la escritura, tan cristalina y oscura como una estrella de mar, erótica y terrorífica. Un meandro de sueños espejeantes, olvidos y recuerdos, falsos o verdaderos, miradas cómplices, espirales acechantes de un enigma confeccionado con nieblas y navajas, ojos sombríos y muñones crispados, corredores y basiotribos, bóvedas y trozapubis, y olas sensuales, y olas y olas, y olas instantáneas, o paralíticas, olas instantes que a fuerza de repetirse se inmovilizan, olas llenas de recuerdos desplomados como pelícanos.

Me pregunto qué habrá sido de ese ejemplar de *Farabeuf*, tantas veces comenzado y tantas veces detenido. Quizás está ahí todavía, perdido en al-

guna troje, entre los aperos de labranza, con mi pretencioso *ex-libris* infantil y la fecha. Está bien ahí: como todo clásico, es un libro que nunca acabaré de leer porque nunca acabaré de leerme.

— GUILLERMO SHERIDAN

## WASHINGTONIANA

### *La hora de la verdad*

Parece un guión para un buen *thriller* político. Con su país en pleno delirio bélico, un respetado diplomático es enviado a una oscura región del planeta para investigar el posible pero improbable contacto entre el régimen del próximo enemigo y el mercado clandestino nuclear. De comprobarse la relación, la guerra estará justificada. El hombre, sin embargo, no sólo no encuentra el ansiado nexo: se convence, en cambio, de la falsedad de las sospechas de su propio gobierno. El enviado vuelve a casa para dar las malas nuevas a la central de espionaje: el adversario no ha buscado, al menos por esta vía, el material necesario para construir un arsenal atómico. Tras entregar el informe, queda conforme. Quizá, piensa, ha evitado la guerra. Pero los hombres del Presidente no aceptarán un *desaire* y deciden pasar por alto el testimonio. Es entonces cuando la trama realmente se complica. En una muestra de arrojo sin precedentes, el diplomático escribe un detallado artículo explicando lo que “no encontró” en el país africano. Lo publica el diario más importante del país. La reacción en la Casa Blanca es violenta. Acostumbrados al poder absoluto, el Vicepresidente y el mayor asesor político del Presidente deciden dar una lección al subordinado. En un acto de soberbia criminal, filtran a la prensa afín al régimen el nombre de la esposa del enviado. La mujer en cuestión, sin embargo, no es cualquier ama de casa. Se trata de una espía encubierta de la Agencia Central de Inteligencia. El nombre de la dama aparece en la prensa, al poco tiempo, en la columna de un prestigiado (y temido) editorialista conservador. La vida de la mujer está en peligro. Se ha

roto la ley. Aun así, en la Casa Blanca todo es alegría: han dictado fangosa cátedra: nadie más se atreverá a levantar la voz contra la voluntad presidencial.

Como todo buen drama político, la historia necesita un punto de inflexión, un cambio; quizá un error del villano, un mínimo tropiezo que abra una posibilidad de catarsis para el público. En el caso de Joseph Wilson y su esposa Valerie Plame, de Karl Rove y Dick Cheney, del columnista Robert Novak y la periodista Judith Miller, el error —el exceso— fue la soberbia. La atroz revelación del nombre de un agente en activo, como represalia por la expresión de un comprensible disenso, resulta excesiva e incomprensible bajo cualquier parámetro moral. No así para el gobierno de George W. Bush. No es la primera vez que Rove y Cheney optan por revolcarse en el lodo de las mentiras y el desprestigio del rival político. Ya en el 2000 se habían encargado de filtrar a la prensa el rumor de que la hija negra adoptiva de John McCain (que el senador había rescatado de un orfanato en Bangladesh) había sido producto de una relación con una prostituta. Cuatro años más tarde, el propio Rove organizó —callado, muy por debajo de la mesa y seguramente con la anuencia de Cheney— la campaña que tachó de cobarde y mentiroso a John Kerry, hiriendo de muerte la candidatura del demócrata. En éstos y otros ejemplos de juego sucio político, ambos se han salido con la suya. Resbaladizos, los estrategas republicano y su caterva de murmuradores habían evadido cualquier rendición de cuentas. La historia, esta vez, pinta diferente.

Por primera vez, el sistema judicial estadounidense se ha tomado en serio la investigación de una maniobra a la Karl Rove. Hace casi un par de años, el Departamento de Justicia nombró fiscal especial para investigar el *affaire Plame* a Patrick Fitzgerald, recio abogado nacido en Brooklyn. La aparición de Fitzgerald —“un Javert moderno”, en palabras de Nicholas Kristof, del *New York Times*— no fue una buena noticia para los conspiradores en la Casa Blanca. Famoso por implacable y apolítico, Fitzgerald

comenzó sus pesquisas a principios del 2004. El abogado no tardó en apuntar las baterías hacia los periodistas que, meses antes, habían hecho pública la identidad de Plame. Matthew Cooper del *Time*, Judith Miller del *New York Times* y Tim Russert de la NBC News recibieron sendos citatorios. Russert y Cooper declararon casi de inmediato. El caso de Miller fue diferente. La periodista del *Times* se negó a revelar el origen de la información y terminó en la cárcel. Mientras Miller calentaba un catre en prisión, Cooper identificaba a su propia fuente. De acuerdo con *Newsweek*, el corresponsal había señalado a Karl Rove como su informante. Fiel a su costumbre, Rove negó cualquier abuso. El 29 de septiembre de este año, Judith Miller dejó la prisión tras ser liberada por la propia fuente del compromiso de confidencialidad entre ambos. Una vez frente al fiscal, Miller aceptó haber hablado sobre el caso nada menos que con Lewis Libby, brazo derecho del vicepresidente Cheney. Fitzgerald citó de nuevo a Libby y a Rove. Lo natural habría sido culpar a ambos de perjurio y obstrucción de la justicia. Inexplicablemente, Rove logró —por ahora— salvar el pesquezo. La cuerda terminó por romperse por lo más delgado y la granada legal cayó a los pies de Libby: el 28 de octubre, el jefe de asesores del vicepresidente de Estados Unidos fue acusado formalmente por la oficina de Patrick Fitzgerald. De ser encontrado culpable, Libby podría recibir una sentencia de más de treinta años de cárcel.

Para beneplácito de la justicia y desgracia de la Casa Blanca, la historia de este particular *thriller* político aún no termina. Tras la puntilla a Libby, Fitzgerald declaró, en conferencia de prensa, que “la verdad es el motor del sistema judicial” estadounidense, y aseguró que la investigación seguirá su marcha. La voluntad del fiscal y de su equipo han dejado abierta la posibilidad de ver un espectáculo improbable pero irresistible: Karl Rove en el banquillo de los acusados. Ése sí sería un final de película. —

— LEÓN KRAUZE

## IMPRECACIONES

### *Paternidad responsable*

*Para Julia, bebé ejemplar*

Peor comenzó el día para Gregor Samsa. Y, sin embargo, despertarse con el llanto de un recién nacido en los tímpanos tiene su cucharadita de horrida metamorfosis: el propio sueño se convierte en un escarabajo que el bebé aplasta de un pisotón. Y eso, apenas, en lo que respecta a las horas nocturnas de sueño. Porque al resto de la vida *realmente* se lo va a cargar el carajo y los sufrimientos de Gregor dejarán de parecer particularmente importantes —ya quisiera uno las seis patas para pagar cuentas y cambiar ropas cubiertas de leche, vómito y crema, y las antenas para atender el teléfono abarrotado de parientes aburridos y amigos que fingen alegrarse.

La primera acción del reincidente paterno, cuando se le notifica que el día llegó, que el cáliz no fue apartado y su nuevo vástago medra ya en la cuna, no es entregarse a la euforia, sino recordar aquel desatendido folleto sobre la vasectomía y sus diagramas de conductos bloqueados por nuditos, cargados ahora, en su recuerdo, de razones y sabidurías a los que habría sido mejor acogerse.

El escalofrío que recorre su quebrantada espalda no es candor y renuncia ante la voluntad divina —sempiterno manantial de insensateces, perinola de arbitrariedades—, sino un sentimiento aciago, indistinguible de aquel que lleva a pronosticar la derrota del equipo preferido y la ve consumirse, mellizo de la sensación de advertir “vamos a chocar” y encontrarse de pronto apresado entre fierros, escarchado de vidrio, con la nariz y muelas convertidos en el contenido de un frasquito de Gerber (y recordar que el seguro se venció hará seis u ocho meses).

No es que uno no ame a sus hijos. No me ocupo aquí de progenitores que arrojen a los recién nacidos desde un risco si no se les figuran guerreros espartanos. Ni siquiera trato de esos pa-

dres lánguidos y ensimismados que recuerdan a sus críos porque los ven en el pasillo de la casa cuando salen de su práctica de yoga —de camino al homeópata o al psicólogo. Me refiero a sujetos corrientes, con tarjeta de nómina bancaria y zapatos de cordones, que se afanan en imponerle a su ánimo el agrado paterno por encima de la taquicardia de las cuentas hospitalarias.

Uno ama a sus hijos y por ello les desea otro padre. Un padre, por ejemplo, que posea un BMW o de pérdida una *van* blanca como la que está a punto de arrasar con toda la familia al salir de la maternidad. Un padre de tolerancia oligofrénica cuyo límite de crédito rebese los apetitos más feroces de un niño que nace con cara de que va a fumar mota, estudiar cine y vivir en la casa hasta bien entrados los cincuenta años, sin “encontrarse” ni ponerse a trabajar. Un hombre más digno de apreciar los consejos babeantes de los conocidos (“Si no te eructa, le echas limón en la boquita hasta que ponga cara de que se asfixia”), y la turbia compasión de las mujeres (“Te ves muy tierno con las canas y las ojeras”).

¿Por qué tener más de un hijo si nuestros conocidos y amigos casados apenas han resistido al primero, y lo han convertido a fuerza de sobreprotecciones y chiqueos en una versión a escala de Kim Il Sung, dictatorial y petulante como sólo pueden serlo los ángeles de Milton o los hijos únicos que van a la primaria de corbata? ¿Por qué se siente uno como aquel personaje del poema de Borges, Francisco Narciso de Laprida, cercado y muerto por un destino de hierro que ve cumplirse en forma de “íntimo cuchillo en la garganta”? ¿No pasamos la infancia entera mirando por la televisión, mientras esperábamos ver a Don Gato, los comerciales sobre la planificación familiar, donde dos prietos rozagantes nos informaban que nada mejor que aguantarse las ganas? (También vimos los comerciales de “*Abe, abe, abe, Abelardo / Vamos a cuidar nuestro aguinaldo*” y para lo que nos sirvió.)

Conviene recordar un poema del

tremebundo indio Rabindranath Tagore, en el que un pequeño interpela a su madre: “¿De dónde vine, dónde me encontraste?” El versito es tan apuesto que, inevitablemente, se acaba por recordar a la madre de don Rabindranath. Pero, ¿y su padre? ¿Aquel indio, seguramente de buena casta, previó alguna vez que su hijo se convertiría en un fantasmón de túnica y turbante que aterraría a Oriente y Occidente, Og y Magog, con poemas vagos, ineptos y sentimentales? Seguramente no pudo anticipar nada; de lo contrario, lo habría sofocado en la cuna con un almohadón.

Un hijo es un boleto a lo ignoto. Se le dará de comer, vestir y leer, se le vacunará y se le cuidarán las gripas e indigestiones. Se resistirán sus noches sin dormir. A cambio, él deberá resistirnos a nosotros, reprocharnos nuestra yoga y homeopatía alienantes, o nuestra simple y dura miseria, nuestras hipocresías e insuficiencias. Seremos incapaces de formarlos y, seamos sinceros, él acabará por cambiarnos más de lo que nosotros lo haremos cambiar.

Por ello cabe reflexionar sobre el padre de don Rabindranath. Y recordar a su madre, faltaba más, de quien nunca se deben olvidar nuestras interjecciones. —

— ANTONIO ORTUÑO

## DIPLOMACIA

### *Cachorro intolerante*

En octubre de 1931, un célebre jefe de montoneras venezolano, tan sanguinario como chambón, organizó, por su cuenta y riesgo y por enésima vez, una invasión a Venezuela con ánimo de derrocar al dictador Juan Vicente Gómez.

Para ello, fletó en Veracruz un vapor llamado *El Superior* y reclutó bajo engaño a 137 braceros yucatecos, haciéndoles ver que se trataba de recolectar chicle en Venezuela.

El gobierno venezolano, advertido por una red caribeña de soplones, los esperaba justo en el lugar donde se había dispuesto el desembarco, y los infelices campesinos yucatecos fueron

diezmados por el ejército venezolano.

Los áulicos del dictador Juan Vicente Gómez le hicieron ver que detrás de aquella invasión —¿acaso no zarpó de Veracruz el buque?, ¿no eran mexicanos los “soldados” invasores?— tenía que estar el gobierno de México, y Venezuela rompió entonces relaciones diplomáticas. No sé por cuánto tiempo, porque no soy especialista en nuestra historia diplomática, pero sí sé que fue la única vez que ello ha ocurrido entre nuestros dos países y que la decisión fue venezolana.

Para el resto de los venezolanos del siglo XX, víctimas de dos sangrientas dictaduras, México fue siempre el asilo y la solidaridad, nunca un cubil de achichincles proyanquis.

El primer presidente que en toda nuestra historia “republicana” resultó electo por sufragio universal fue don Rómulo Gallegos. Derrocado por una camarilla militar, vivió buena parte de su exilio de diez años en México.

Escribo todo esto todavía abochornado por el trato que el presidente Chávez ha “dispensado” al jefe de gobierno mexicano al llamarlo “cachorro del Imperio” y apañárselas, de paso, para provocar un retiro de embajadores y poner las relaciones al borde de la ruptura. Pero, al mismo tiempo, jubiloso al pensar que el triste episodio pueda servir, a quienes nos observan desde el exterior, para apreciar con mayor claridad el cariz autoritario, intolerante y arbitrario de un régimen que sólo puede llamarse democrático en virtud de su legitimidad de origen: el voto. La Venezuela de hoy engasta (“embona”, dirían ustedes) perfectamente en lo que Fareed Zakaria designó como “democracias no liberales.”

Pero hay más que dragoneo “antiimperialista” en el show mediático que Chávez ofreció al mostrar videos que, hay que decirlo todo, sólo pudo proporcionarle el zalamero “anfitrión” Kirchner, tan interesado como está en halagar la munificencia de la Chávez Oil Co.

Me refiero a que, tras la humareda de consignas, no hay otra cosa que el fracaso de la singular política “integradora” latinoamericana que Chávez dice

inspirada en el sueño anfictionico de Bolívar.

La alternativa al ALCA que Chávez, siempre prolífico en esto de nombrar economías imaginarias, ha bautizado ALBA (la “B”, desde luego, viene de “bolivariana”), ha corrido la misma suerte que, en el plano doméstico, han corrido sus extravagantes planes de construir gallineros verticales y propiciar cultivos hidropónicos de yuca en todas las barriadas caraqueñas y, en general, el modelo revolucionario de desarrollo que pomposamente llama “endógeno”, y que no es más que capitalismo de petroestado populista y clientelar, sin más contraloría que el talante del jefe cuando le da por destituir, en el curso de su programa dominical, a algún ministro que no ha cumplido su cuota.

En cuanto al antiimperialismo de Chávez, Chevron-Texaco y Lukoil, por citar sólo dos transnacionales, la tienen hoy como nunca la soñaron: se entienden directamente con Chávez, igual que Exxon-Mobil con la familia real saudita. El dedazo que hoy otorga concesiones gasíferas en el delta del Orinoco evoca el índice con que Gómez cedió medio país a la Royal Dutch-Shell, en 1913, sin convocar licitaciones ni consultar al Parlamento.

Nadie debería perder de vista lo ocurrido con el ALBA, apoyado tan sólo por Castro. Si bien es cierto que la cumbre no tenía como propósito discutir el ALCA, el hecho escueto es que veintinueve países, de los 34 que acudieron a la misma, ven con buenos ojos los acuerdos bilaterales con Estados Unidos.

Y las cautelas que muestra Brasil, por ejemplo, respecto a un área continental de libre comercio con los gringos son las mismas, por lo demás, que desde hace tiempo señalan los expertos de la región en cuanto a las asimetrías que podrían hacer una tal zona de libre comercio más dañina que provechosa. Pero en absoluto quiere ello decir que esta gran humanidad ha dicho basta y ha echado a andar.

Afrentar a Fox, y a los mexicanos todos, entonando coplas populares en un programa de TV no borra tampoco el



CÁMARA DE  
DIPUTADOS

## Punto final a la Controversia por el Presupuesto del año 2005

Por mayoría en la Cámara de  
Diputados se cumplió la  
Sentencia de la  
Suprema Corte de  
Justicia.

Los Diputados de todos  
los partidos liberan  
ochenta mil millones de  
pesos pendientes, para gasto  
social, educación, salud e  
inversión productiva.

Ahora toca al  
Ejecutivo agilizar  
su entrega.

Por ti  
Por México  
Los Diputados  
trabajan

LIX Legislatura

www.diputados.gob.mx

hecho de que, en el pasado reciente, ha sido Chávez quien ha aplicado muy imperialistas sanciones económicas a la República Dominicana, por ejemplo, al suspenderle sin miramiento alguno el suministro petrolero, o interrumpiendo relaciones comerciales con Colombia. En ambos casos, por diferencias “ideológicas” que el “demócrata” cachorro de Castro no sabe metabolizar sin perder la compostura.

Igual dentro que fuera de Venezuela. —

Caracas, noviembre de 2005.

— IBSEN MARTÍNEZ

### LITERATURA

## Banville: Dios está en los detalles

“Tenemos que aprender a vivir con el Booker. Es como una desgracia que nos cae cada año que publicamos. Un agobio. Es bueno para las editoriales, las librerías, el público lector, pero no tanto para los autores, salvo para quien lo gana. La literatura queda reducida a un deporte sangriento y los escritores tratados como gladiadores.” Galardonado por *Amsterdam* (1998), finalista en otras tres ocasiones y eliminado este 2005 del concurso pese a las críticas favorables cosechadas por *Sábado*, novela cuyo trasfondo es la marcha londinense contra la guerra de Iraq efectuada el 15 de febrero de 2003, Ian McEwan resume así la opinión



John Banville.

al parecer extendida en torno del premio más prestigioso del Reino Unido, considerado un termómetro para el Nobel de Literatura —lo han recibido V.S. Naipaul (1971), Nadine Gordimer (1975), William Golding (1980) y J.M. Coetzee (1983 y 1999)— y dotado con una bolsa de cincuenta mil libras esterlinas. Establecido en 1969, cuando P.H. Newby lo obtuvo por *Something to answer for*, el

Booker Prize for Fiction nació gracias a un acuerdo entre Tom Maschler y Booker Brothers, luego Booker McConnell, empresa que forma parte de The Big Food Group y que en aquella época contaba con un área muy redituable que promovía autores de la talla de Agatha Christie y Harold Pinter. Con el modelo del Prix Goncourt en mente, Maschler, cabeza de la editorial Jonathan Cape, persuadió a los directivos de la compañía de invertir en un estímulo literario: “Expuse el asunto y no oculté que el premio tardaría en cobrar importancia. Señalé que una vez que esto ocurriera —estaba seguro de ello—, el patrocinio sería motivo de orgullo para Booker.” El tiempo, claro, no lo ha desmentido: cada otoño las novelas finalistas, seis por lo común, disparan las ventas y generan ingresos que para Navidad oscilan entre las sescientas mil y los dos millones de libras, cantidades ante las que palidece el monto aunque no el renombre del reconocimiento.

Rebautizado en 2002 como el Man

Booker Prize for Fiction (ya que desde entonces lo auspicia la firma Man Group a través de la Booker Prize Foundation), respalda la gestoría de otros tres galardones —el Booker Russian Novel Prize, el Caine Prize for African Writing y el Man Booker International Prize, cuya primera edición acaba de ganar el albanés Ismaíl Kadaré. El estímulo se ha caracterizado siempre, como apunta McEwan, por fo-

mentar una competencia feroz que resultó especialmente ceñida en octubre pasado debido a factores extraliterarios que, según el presidente del jurado John Sutherland, no influyeron a la hora de elegir al vencedor de entre los notables finalistas: John Banville (*The Sea*), Julian Barnes (*Arthur & George*), Sebastian Barry (*A Long Long Way*), Kazuo Ishiguro (*Never let me go*), Ali Smith

(*The Accidental*) y Zadie Smith (*On Beauty*). A pesar de los pronósticos que se inclinaban por Barnes e Ishiguro (premiado en 1989 por *Los restos del día*), de las ventas logradas hasta la ceremonia de entrega (tres mil ejemplares de *The Sea* contra veinticuatro mil de *Never let me go*), de la crítica adversa (Tibor Fischer en *The Sunday Telegraph*: “Uno puede sentir la obra de Joyce, Beckett y Nabokov en los libreros de Banville. Hay mucho preciosismo lingüístico pero poca novela”; Finn Fordham en *The Guardian*: “Más que estilista, Banville es ventríloco. Un estilista crea toda una gama de voces y formas. Banville trabaja en un rango más estrecho, dando vida a un conjunto de monólogos para muñecos cadavéricos y correlacionados”) y aun del propio autor, que dijo a un periodista estadounidense que su novela era mala, el Booker 2005 terminó por recaer en Banville, un acto de justicia poética si se toma en cuenta que su *Libro de las pruebas*, primera parte de una magnífica trilogía dedicada a la exploración del disfraz y las máscaras de la amoralidad, fue derrotado dieciséis años atrás por *Los restos del día*, igualmente memorable. “Como era de esperarse –anota Sutherland–, la victoria de Banville dividió las opiniones. De un lado se hallaban aquellos que, por ejemplo en Irlanda, la consideraron el legítimo reconocimiento a un escritor cuyos méritos le han granjeado ya un lugar junto a Beckett. En el lado opuesto estaban los de la ‘facción Diógenes’, que vieron en el triunfo del irlandés un desastre del que el Man Booker, e incluso la narrativa inglesa, podría no recuperarse nunca.”

Más allá de dimes y diretes, sin embargo, es indudable que la obra banvilleana –catorce novelas escritas en un lapso de treinta y cinco años– exige una lectura atenta, concienzuda, merced sobre todo al uso de lo que el propio autor llama inglés hibernés, “la única cosa buena que el invasor legó a mi isla saqueada”. Oriundo de Wexford pero avecinado en Dublín, ex editor de las páginas literarias de *The Irish Times*, Banville llega a los se-

senta –nació en 1945– en posesión de un estilo que puede ser tildado de barroco y retórico, pero que no tiene que ver con las trampas del ventríloco y sí en cambio con el oído joyceano, con el manejo de narradores en primera persona que le permiten internarse en los meandros de la remembranza y la abstracción: “Existo, luego pienso. Parece inevitable”, se lee al inicio de *Birchwood* (1973), su segunda novela. Interesado en exponer –según él mismo especifica– no lo gótico o lo perturbador sino lo siniestro del orbe, en la acepción freudiana de lo conocido que se torna extraño, el irlandés ha encontrado en el regreso homérico al hogar ese sitio que “siempre produce estupor” (*El libro de las pruebas*), un gatillo idóneo para detonar tramas que a menudo corren con la imprevisible cadencia de la memoria.

Esto queda demostrado nítidamente en *The Sea*, la polémica novela ganadora del Booker, cuyos temas (el alcoholismo, la melancolía, la enfermedad terminal, la desintegración familiar, el declive de la vejez), dice Sutherland, “no ayudan a alegrar la vida. Pero tampoco lo hace la vida misma, si uno ha vivido lo suficiente”. Protagonizada por Max Morden, un historiador del arte que lucha por escribir una monografía sobre el pintor postimpresionista Pierre Bonnard, la novela discurre a un ritmo que evoca justo los flujos y reflujos del océano, emblema mnemónico y figura que funge como juez y parte de una odisea más psíquica que física, en la que convergen y se superponen tres tiempos: el presente (Morden, Ulises dipsómano y sombrío, vuelve a Ballyless, la Ítaca de sus veranos infantiles), el pasado cercano (marcado por la muerte de Anna, la mujer de Morden, precipitada por un cáncer estomacal) y el pasado remoto (signado por la irrupción casi sobrenatural, casi divina, de la familia Grace: Carlo y Connie, los padres, y Chloe y Myles, los gemelos en quienes pulsa la maldad soterrada de los hermanos de *Otra vuelta de tuerca*, uno de los cuales se llama precisamente Miles). A caballo entre estas épocas disímiles y difíciles, Morden emprende su viaje sedentario

en un intento por explicar(se) la congoja existencial, de bordes autodestructivos, que lo ha acompañado como una amante fiel a través de los años: “Desde temprana edad quería ser otra persona. El precepto *nosce te ipsum* sabía a ceniza en mi lengua desde la primera vez que un maestro me ordenó repetirlo junto con él. Me conocía demasiado bien, y no me gustaba lo que conocía [...] Fui siempre un nadie concreto cuyo mayor deseo era convertirse en alguien ambiguo.” Pródiga en metáforas que alumbran la incursión en las tinieblas humanas, dechado de virtudes quizá más líricas que narrativas, ejemplo de lo que el idioma inglés consigue al optar por la minuciosidad y la sinuosidad, *The Sea* constata la frase atribuida a lo largo de la historia a Voltaire y a Flaubert, a Aby Warburg y a Mies Van der Rohe: “Dios está en los detalles.” Y John Banville, se antoja añadir, también. –

– MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

## NO CUMPLEAÑOS

### Una cebolla para Kafka

Me sorprendería menos entrar a mi departamento y encontrar un gigantesco insecto mirando la televisión, engullendo malvaviscos, que toparme con alguien más parecido a Kafka que este hombre. Un hombre de traje que se inclina para seleccionar cebollas, que toma una al azar y la observa detalladamente. No cualquier cebolla, una tomada por la réplica exacta de Kafka. ¿Qué hace Franz Kafka en el supermercado? ¿Acaso se dedica a irrumpir en la vida cotidiana de sus lectores? El hombre inspecciona con detalle la cebolla. Algo parece molestarle. Llama a un empleado y le señala un hongo en la cebolla. Sospecho que, en cualquier instante, ese hongo podría entrometerse entre Kafka y el empleado. Quizá con culpa de haberse quejado, o quizá con la esperanza de llevarse a un potencial compañero de charla, el hombre coge la cebolla en descomposi-

ción. Se dirige a otro pasillo. Sin discreción, lo observo. Es idéntico al autor. Le sonrío, lo desconcierto. ¿Lo habrán confundido antes? ¿Lo habrán apodado K. en la universidad? ¿Trabaja en una aseguradora? ¿Se dedica a parecerse a Kafka? Imagino su tarjeta de presentación: Doble de Kafka. La del otro Kafka, Franz, rezaría: Culpable. Culpable de oficio.

En la medida en que Kafka avanzó hacia los temas más opacos de la condición humana alejó al lector de la luminosidad. Culpable por eso. Por trazar en su prosa los momentos más indigestos del siglo XX. Por comenzar sus escritos con súbitas irrupciones en la vida privada. Por narrar con pocas palabras la tremenda culpabilidad jobiana ante cualquier autoridad. Por despojar a sus personajes del apellido, del nombre, y por cargar de inusitado sentido, sin proponérselo, el suyo. Culpable por sus novelas, canchas de juego que han podido interpretarse una y otra vez. Allí su grandeza: una obra que permite ser reinterpretada, una cancha en la que el texto le arroja el balón al lector. Culpable por su obra. Este hombre no sólo merece que lo siga en su recorrido por el supermercado; lo mejor sería arrojarle su cebolla.

No es que persiga al Kafka que elige un cereal de hojuelas endulzadas: siga al hombre que poco experimentó con estructuras narrativas. Al peinado de raya en medio. Al que caminó sobre narraciones lineales como ahora éste avanza, recto, por el pasillo. Kafka, el muchacho que escribía con la corbata puesta. El autor de cuya biografía, para su fortuna, poco sabemos. En cambio sabemos: es recurrente pensar en sus frases como quien regresa a su país desde el exilio. Sabemos: sus cuentos pueden orillarnos al insomnio como un zancudo. Por todo ello, saludo con la mano al gemelo Kafka.

Con Kafka ocurre lo que con ningún otro autor del siglo XX: sus textos existen aun para quien no los ha leído. Puede ser un autor no leído, sus libros pueden faltar en la biblioteca y, sin embargo, sus tramas molestarán el oído de



*El hombre con gran parecido a Kafka.*

sus lectores renegados. Se puede vivir sin leerlo. ¡Aventad una cebolla a aquel entusiasta que pretenda evangelizar con la lectura! Leer es un acto temperamental, lejano a las fantasías didácticas. Puede vivirse sin leer. Se puede despertar en la mañana, después de un sobresaltado sueño, sin haber leído a Kafka, desde luego, pero bajo ninguna circunstancia puede aplastarse con una mano la presencia de la obra de Kafka en el día a día.

Demos unos pasos atrás. Regresemos al primer pasillo del supermercado, a las cebollas. ¿Qué resulta tan entrañable de la lectura? Uno puede elegir lo que desea leer. La lectura es la única elección genuina. Lo demás es secundario, incluso la escritura. Uno puede elegir lecturas como un hombre elige cebollas. El resto está sujeto a lo que uno es capaz de hacer. ¿Qué resulta tan entrañable de la lectura de Kafka? Vayamos a lo hermético. Kafka: una lata sin fecha de caducidad. Textos que incitan la escritura. Frases que lo encuentran, tarde o temprano, a uno. La culpa y la incertidumbre sonriendo desde las páginas. Lecturas que desconciertan. Encontrarse en el libro. Y, uno, angustiado, a la mitad de la noche, tratando de conciliar el sueño con ese

molesto sonido, tratando de aventar un zapato para embarrar la frase contra la pared. O mejor lanzarle un zapato al hombre, que ahora se esconde detrás de un estante, esquivando mis sonrisas.

Es probable que, de la misma manera que las frases de Kafka persiguen al lector y a su no lector, una pluma haya ido en busca del autor, quien se empeñaba en cercar su relación con la escritura. Dedicando horas al trabajo burocrático, añorando escribir al terminar la jornada y escribiendo en alemán, idioma que le resultaba tan distante como la habitación de su padre. Un idioma al que se desplazaba. (Como acertadamente lo observa un autor —cuyo nombre no puedo comprobar, ya que he aplastado un escarabajo de respetable tamaño con la portada de su libro—, que ensaya la incapacidad para captar el significado de la palabra madre en un idioma no materno.) Negándose, también, a publicar. Y negándose a saludarme ahora, en el supermercado.

Pensemos en 1905, cuando Kafka tiene veintidós años. Año en que viaja a Zuckmantel, Silesia. Año en que mantiene una breve relación con una mujer mayor que él. Año en que prueba por primera vez una sopa de pasta. Antes de que diez años más tarde escriba *El proceso* y Rohwohl publicara *La metamorfosis*, imaginemos a Kafka con esa mujer. Caminando de noche, riendo. Conmemoremos el centenario antes de que Kafka escribiera. Conmemoremos esa caminata de risas. Celebremos incluso que hace ciento veinte años un niño en Praga, de orejas puntiagudas, aprendía a abrocharse los cordones de los zapatos. Después de esos eventos nimios surge un escritor irreversible en la literatura. Nada que conmemorar: inculpémoslo. De una buena vez arrojémosle su cebolla. Allí va, suspendida en el aire. Se invierten los papeles, el hombre se disculpa. Dios debe de estar en el supermercado. Corrijamos su tarjeta de presentación: Culpable por parecerse a Kafka.

Una cebolla para Kafka, para Franz Kafka. —

— BRENDA LOZANO